

LAS MIL Y UNA NOCHES ARGENTINAS, por *Juan Draghi Lucero*.—  
Ediciones Oeste. Mendoza

El mito alrededor el cual se forja la leyenda que adquiere por milagro de la ingenua fantasía popular, un cuerpo y un alma viva y poderosa que se hace presente en los espíritus sencillos y es la fuerza misteriosa que anima las veladas campesinas, ha sido fina y certeramente captado, en estos cuentos de Juan Draghi Lucero. Constituyen una especie de versión directa que va desde el narrador verbal hasta el lector con todo su encanto rústico y poético. Leyendo estos cuentos se nos ocurre estar alrededor de una fogata, mirando con los ojos ávidos, pasar el desfile de personajes misteriosos o risueños que sufren o gozan de aquella vida, en que la fantasía se mezcla estafarariamente con la realidad. Y es ahí, precisamente, donde reside el principal atractivo de estos relatos sencillos, graciosos, en los cuales sin alardes de ninguna especie, se pondera el bien y se reprocha el mal, a tal extremo que el virtuoso es siempre el que alcanza gloria y felicidad.

Pero esto no puede ocurrir sin que medie un espíritu abnegado, que sea capaz, por ejemplo, de batirse con el lampalagua, terrible culebrón que todos los años se come a la niña más hermosa del lugar, o con ese Cuerpo sin Alma, espantable personaje que no es otro que el Demonio que siente el capricho de hacer sufrir a un rey. A un rey que está tan pobre que ni siquiera puede «cebarse un mate» a gusto, ni salir a pasear porque el «sillero» está que se cae de flaco.

Reyes, princesas, militares de gran fama, jóvenes osados que salen a recorrer el mundo, no se desprenden de su condición de criollos. Está en estos cuentos folklóricos, viva y fuerte la amorosa unción del hombre sencillo que ama a su tierra, y la exalta y la embellece con todos los mejores atributos de su

imaginación. Draghi Lucero, es un poeta delicado y tierno, cuando hace intervenir el amor, o un sentimiento grande en sus personajes mitológicos. Nos ha hecho muchas veces recordar a Sarmiento cuando cuenta en su inolvidable «Facundo», una escena que le ocurre en un puesto donde pasa a descansar. Allí el dueño de casa, un hombre de venerable presencia, reza en voz alta, y luego hace voto ferviente por la felicidad de la patria, por la prosperidad de las siembras, por la salud de los ganados, y en fin, por todas aquellas cosas rudas y simples que el hombre que vive en contacto directo con la naturaleza ama con pasión, pues de ellas depende su futuro y constituyen a formar su propia dicha. Y por este medio de exaltar las cualidades del hombre del pueblo, dignificándolas y ennobleciéndolas, se hace sin pretenderlo en forma ostensible, obra patriótica. Querer a la tierra es aferrarse a ella, es luchar por su grandeza, es darle en el corazón un sitio preferente e inamovible.

Pero por encima de cualquier otra consideración Draghi es un artista puro. Es increíble lo que cuesta dar la sensación directa de las cosas que se hablan en el campo sin caer en la grosería chabacana, y en la necedad. Y esto jamás le ocurre a Draghi. Sus cuentos respiran humanidad generosa. Las leyendas que recoge se ajustan casi por completo a la forma como se cuenta en el campo, pero hay en ellas el trabajo del artista que las ha ido puliendo, dándoles muy a menudo una gracia liviana y sugerente, y en otras ocasiones una conmovedora ingenuidad.

Llama la atención la enorme cantidad de palabras y dichos que se hablan en las provincias de Cuyo que son casi idénticos a los de Chile. Lo que no es difícil explicar por la estrecha vinculación que existió, entre chilenos y argentinos desde los tiempos de la colonia. Y esto se puede apreciar mejor, leyendo además del de Draghi que comentamos, el libro de Ernesto Montenegro, que recoge en sus «Cuentos del Tío Ventura» todas las leyendas del folklore aconcagüino.

La Editorial Oeste de Mendoza, se inicia a nuestro juicio, bajo los más felices auspicios, pues el libro de Juan Draghi, tiene alma cuyana, porque ha sabido extraer de la tierra mendocina todo su secreto. La gracia del hablar, lo típico de las costumbres, todo el encanto vernáculo del terruño adquieren alas para volar por los anchos espacios de la fantasía, creando un mundo misterioso que animó el talento del escritor.—L.